

Salvador Cardús i Ros

Realidad, desengaño y promesa

No sólo los hechos, sino también el deseo crea realidad. Para certificar tal afirmación, se suele citar al sociólogo norteamericano William I. Thomas (1863-1947) y su famosa frase: “Si una situación se define como real, es real en sus consecuencias”. El principio de Thomas pone al descubierto tanto la vulnerabilidad de la realidad social como la capacidad de su transformación a través de la anticipación retórica del cambio. De manera que el teorema puede ser visto tanto como el pretexto para una concepción relativista de la vida, como la grieta a través de la cual puede transitar una voluntad de cambio: presentar como real aquello que consideramos deseable es una manera –no siempre eficaz– de conseguir que lo acabe siendo.

La política también descansa en este principio. Tanto en su vocación conservadora como en la de cambio, su mayor fuerza está en la capacidad por “definir una situación”, presentándola como real, para conseguir que el ciudadano se acomode a ella. El poder político lo es por delegación –es decir, no es un poder “fáctico”– y, por tanto, su fuerza, su capacidad de coacción, es principalmente retórica. De ahí que unas declaraciones, incluso una frase robada por un micrófono indiscreto, puedan levantar un vendaval político de primera magnitud sin que la realidad se haya movido ni un ápice. La lucha política, pues, es un combate entre definiciones de la realidad, con consecuencias reales. Todo es muy precario, todo es muy voluble, y es por esa razón por lo que el político dedica la mayor parte de su tiempo a tareas de mantenimiento de las apariencias, también dichas de comunicación. Y si algo falla, el argumento recurrente no es que se haya hecho nada mal, sino que “no se ha sabido comunicar bien”.

En nuestro país acabamos de asistir a un caso paradigmático de todo esto: cuando Ernest Maragall afirmó que el ciudadano estaba fatigado de las trifulcas del tripartito, o que el actual Govern no tenía un proyecto integral de país a causa de sus divergencias, sólo constató una obviedad de tipo factual y contrastable. Pero sus pa-

labras tuvieron una dimensión subversiva por la simple razón de que no encajaban con la “definición de la situación” que con tanta tenacidad –y escaso acierto– intenta imponer el propio Govern. Antes de rectificar, Maragall había dado un gran paso hacia la realidad. Pero la presión de la “definición de la situación” oficial lo ha vuelto a la política fantasmagórica, aquella que es desafecta al ciudadano, la que se aleja torpemente de lo real.

Mi intención no es entrar en el fondo del desafío de Ernest Maragall, que habría tenido que ser atendido y no reprendido. Aquí lo que me interesa es este tic



ÓSCAR ASTROMUJOFF

retórico de la política, y más a la vista de su resolución: un “tema totalmente cerrado”, en palabras del conseller Nadal, como si la realidad pudiera borrarse con un simple clic.

El mecanismo al que había recurrido Maragall era claro: primero desmentía parte de la versión gubernamental sobre la realidad política para, inmediatamente después, insistir en reconstruir la firme reconstrucción de otras definiciones de la realidad, tan discutibles como las primeras.

Por ejemplo, la de seguir pregonando la bondad del Estatut del 2006, o la de persistir en la simulación de la existencia, actual o futura, de un modelo federal y plurinacional en España, algo tan lejano de la realidad como la supuesta coherencia de las políticas del catalanismo progresista y de izquierdas que inquisitorialmente Ma-

ragall ha acabado por “confesar”. Sólo faltó que, en voz baja, murmurara: *eppur si muove*.

El caso nos ilustra sobre la gran debilidad de la política catalana actual. ¿Qué capacidad tiene, a estas alturas, para conseguir imponer una definición de la situación que sea convincente? Si el punto de partida es el de la desconfianza general y el desafecto con el que ha sido tratado el ciudadano, ¿es que tiene aún alguna posibilidad de ofrecer un horizonte creíble a pocos meses de las elecciones? Si, cuando un político se acerca hacia la realidad es reprendido severamente para que la vuelva a negar, ¿qué confianza podemos tener en que la gestionen bien?

Desde mi punto de vista, la aparición de ofertas políticas alternativas, particularmente las independentistas, debe situarse en este contexto. Su actual crecimiento es, en primer lugar, resultado de un desengaño radical con la definición de situación del catalanismo tradicional, sea de izquierdas o de derechas. Es resultado del baño de inmersión en la realidad postestatutaria que ninguna versión oficial de la realidad consigue ya enmascarar. No estamos hablando del *català emprenyat*, sino del catalán lúcido ante el fracaso de las mil promesas sobre un posible encaje razonable con España, que no se resigna a un *anar tirant* inútil. Y, en segundo lugar, expresa también una voluntad de reconstruir, de definir una nueva situación política como posible y real, hasta conseguirla.

En este sentido, si la nueva oferta independentista va a ser minoritaria o no tras las elecciones, dependerá tanto de su capacidad para acercarse a la realidad de los fracasos de los proyectos anteriores como, muy particularmente, de su fuerza para dibujar horizontes necesarios, apetecibles y, sobre todo, creíbles. En todo caso, las nuevas promesas se me antojan mucho más creíbles, aunque arriesgadas, que las fantasmagóricas y agotadas definiciones de la situación, impuestas autoritariamente. Si la expectativa de independencia consiguiera definirse como real, Thomas volvería a tener razón.●

salvador.cardus@uab.cat

Pilar Rahola



Paréntesis literario

El ruido político –cada día más ruido y menos música–, y la galopante crisis económica impiden recordar que el país, a pesar de todo, va funcionando, y que en él habitan gentes cuyo esfuerzo propicia notables iniciativas. Tanto en el campo de la economía o del conocimiento, como en el de la cultura, este extraño país, a veces tan acomplejado, a veces tan asustado, aporta, sin embargo, un genio interior de notable categoría. En este caso, el genio se llama Carles Canut, ese periquito aguerrido de fuerte personalidad y más alta profesionalidad, cuyo tiempo libre no está nunca demasiado libre. El lunes organizó en el teatro Romea su cuarto certamen a puertas abiertas y cuyo lema general, “Jornada amb la societat civil”, esconde la voluntad de acercar la poesía al público, a través de la escena. Para tal empeño moviliza a algunos nombres propios de la dicha “sociedad civil” y los compromete con el homenaje a los grandes de la poesía. El primero fue Michel Houellebecq, cuyas cartas con Bernard-Henri Lévy, publicadas bajo el título de *Enemigos públicos*, es un

Vivió sólo 46 años, víctima, como Montserrat Roig y Maria Aurèlia Capmany, del cáncer de pecho

auténtico tributo a la inteligencia crítica. Después serían Miquel Martí i Pol y Pere Quart, y este año tocó el turno a la poeta Maria Mercè Marçal, probablemente la más críptica, apasionada, imaginativa y desconocida de las/los poetas del siglo XX. En el escenario de estas cuatro jornadas, recitando poesía, desde los políticos Ernest Benach, Artur Mas y Montserrat Tura (Alicia Sánchez Camacho se rajó, después de estar comprometida), hasta gente variopinta del estilo Llongueras, Beth Galí, Xavier Bosch, Gemma Nierga, Santiago Dexeus, Ferran Monnegal, Emma Vilarasau... Para el homenaje a Maria Mercè, concentró a Mari Pau Huguet, Àngels Bassas, Elisenda Roca, quien esto subscribe y una Lúcia Pujol de voz extraordinaria que emocionó al primer instante. Un delicado día, un noble acto, una gran iniciativa. Y todo porque un tipo que ama el teatro, ama la poesía y no concibe estar quieto gasta esfuerzos, energías y dinero en hacer algo bello.

En coherencia con el esfuerzo de Carles Canut –y de Miquel Pujadó–, unas líneas sobre Maria Mercè Marçal, la *germana* de todos, la *estrangera* de muchos. Vivió solo 46 años, víctima, como Montserrat Roig y Maria Aurèlia Capmany, del cáncer de pecho. Pero sus poesías tuvieron tiempo de crear un universo poético personal, pasional y valiente, cuya categoría llega a la excelencia. Sus poesías sobre el amor lesbico, por ejemplo, son de una belleza extrema, únicas. Personalmente creo que es una de los poetas más importantes del XX, y por ello no me sorprende lo poco conocida que es. Este país nuestro es experto en desmemoria y desprecio del prestigio. Quede, pues, como pequeño desagravio al olvido, el esfuerzo de Canut en el Romea. Durante una hora brilló la poesía de Maria Mercè Marçal. Fue una hora luminosa.●

Laura Freixas

Banalidad

El pollo, si 100% pollo, dos veces pollo”, “Hay otras loterías pero están en esta”... ¿Qué hizo el pobre Gracián (“Lo bueno, si breve, dos veces bueno”), qué hizo Paul Éluard (“Hay otros mundos, pero están en este”), para merecer que sus citas se convirtieran en bobos eslóganes publicitarios? ¿Soy yo la única que encuentra irritante ese saqueo de la literatura con fines comerciales? ¿A nadie le pone los pelos de punta ver la maravillosa mitología grecolatina, o la historia antigua, convertida en tebeos y dibujos animados? Se ve que no, porque hasta el parisino Museo de Cluny acaba de festejar el cincuentenario de Astérix con una risueña exposición que muestra su relación con la historia clásica. Pero si el valor de la Antigüedad reside en su poesía, en su belleza muchas ve-

ces trágica, en su misterio; si durante siglos ese imaginario ha demostrado su capacidad de generar nuevas versiones no menos sobrecogedoras, en literatura, en música, en artes plásticas (Patiner, Carl Orff, Sartre...), ¿qué queda de todo ello cuando Hércules es un forzado tontorrón y Julio César un simple cascarrabias?

Un libro que acaba de publicarse, *El Holocausto y la cultura de masas*, de Álvaro Lozano (editorial Melusina), saca a la luz una operación parecida, que tiene por objeto uno de los sucesos más abominables de la historia. Es un texto breve, convincente, diáfano, que hace pensar. Nazis y judíos, dice el autor, se han convertido en un argumento cinematográfico tan habitual, y tan falso, como indios y cowboys, y el holocausto, en un parque temático (casi todo lo que se ve en Auschwitz son re-

construcciones) que genera enormes beneficios: *La lista de Schindler* la vieron trescientos millones de espectadores... Lozano analiza varias películas (*El pianista*, de Polanski, *La vida es bella*, de Benigni...) y en particular la de Spielberg, en la que el holocausto se reduce a una historia de buenos y malos, con final hollywoodiense, o sea feliz: “Prácticamente todos los judíos sobreviven, el nazi resulta ser un hombre bueno y la naturaleza humana muestra su lado más positivo”. ¿Lecciones de la historia? ¿Qué lecciones pueden extraerse de una historia que ha sido simplificada, falseada, reconstruida para que ilustre una lección decidida de antemano..., o sea, cuando la *lección* dice exactamente lo contrario de la historia?●

www.laurafreixas.com